

1 de julio

B. FERDINANDO M. BACCILIERI, SACERDOTE
memoria opcional

Ferdinando María Baccilieri, nació en Campodoso de Reno Finalese el 14 de mayo de 1821, desde la adolescencia sintió el deseo de ir a anunciar el evangelio en tierras de misión, pero por motivos de salud tuvo que comprometerse en el trabajo pastoral en Italia. Nombrado en 1852 párroco de Galeazza Pepoli, por 41 años guió con abnegación y generosidad pastoral esta comunidad. Por su sólida piedad hacia la Virgen quiso formar parte, como “terciario”, de la Orden de los Siervos de María. Para responder a las urgencias de su pueblo, fundó la Congregación de las Religiosas Siervas de María de Galeazza. Murió el 13 de julio de 1893 circundado de afecto y fama de santidad. Fue beatificado el 3 de octubre de 1999 por el papa Juan Pablo II. Su cuerpo, trasladado el 1º de julio de 1999, descansa en la iglesia de Galeazza Pepoli.



Del Común de pastores o del Común de santos y beatos de la Orden, excepto lo que sigue:

Oficio de Lectura

SEGUNDA LECTURA

Se elige una de las siguientes lecturas.

De la *Vida de María* del beato Ferdinando María Baccilieri, sacerdote

(Archivo Casa General Siervas de María de Galeazza, Bolonia, P. Fundador, L 4, v.3, pp. 124-133)

María en el tiempo de la pasión y muerte de Jesús

Al espectáculo de la crucifixión estuvieron presentes, la divina madre con Juan, María de Cleofás y María Magdalena. Aquí particularmente fue admirable la constancia de la muy afligida madre.

Estaba intrépida en el sufrimiento y lista para sufrir más. No se lamenta de los judíos que habían calumniado a su Jesús; no se lamenta del juez que lo había injustamente condenado, no de los soldados que lo habían crucificado con tanta crueldad. No leemos tampoco que se haya abandonado al llanto desesperado, sino la Iglesia nos enseña solo que las lágrimas estaban en sus ojos. No suplicó, no maldijo a los ministros a ser menos crueles, porque sabía que esta era la divina disposición. Habría, más bien, estaría lista a renovar el espectáculo de la obediencia de Abraham en el sacrificio de su hijo, siguiendo ella la misma sanguinosa sentencia, si Dios hubiera querido la ejecución de su mano.

Estaba cerca, y de alguna manera veía todo, oía todo. Veía cada movimiento del Hijo, cada plaga. Todo observaba y afligida Madre no podría socorrerlo en nada.

Estaba cerca de aquella cruz; y era para ella una acrisima pena, el encontrarse en medio de los soldados, gentuza, gente que blasfemaba, inverecunda y despiadada. Estaba cerca de la cruz y aunque más reflexionaba y meditara sobre su Jesús, más crecía en su interno martirio, también no buscaba el mismo, con alguna pequeña distracción, el más ligero alivio. Si estaba cerca de la cruz con el cuerpo, cerca con el pensamiento, era todavía más cerca con el corazón. Aquel corazón materno era todo para su Jesús. Hubiera ella de buena gana cambiado la suerte con Él y hubiera sufrido, en cambio de Él, aquellos mismo clavos, aquellas misma espinas, aquella misma cruz. Se hubiera voluntariamente dejarse crucificar con su Hijito crucificado. Pero estaba muy crucificada también ella, y todas las penas que atormentaban al Hijo en el cuerpo, la atormentaban a ella en el corazón.

Era madre, y era suficiente, María era madre de un Hijo único, de un Hijo de Dios, y ella lo sabía. Era madre de un tal Hijo que, entre todas las mujeres, ella había elegido por su madre; madre de un Hijo que la había ausentado de toda mancha en la concepción, de todo dolor en el parto; madre de un Hijo del cual había recibido todo su don, todo su bien. Lo amaba con amor materno, cuanto una madre pueda amar a un hijo, del cual jamás ha recibido ninguna desobediencia, ni

alguna molestia, sino más bien pura consolación. Lo amaba con amor de agradecimiento como a una persona, infinitamente beneficiada de alguna cosa, puede amar su liberalísimo, cordialísimo bienhechor. Lo amaba con amor de caridad, cuanto una creatura puede amar a su Creador, su Dios. Sin embargo, María amando así entrañablemente su divino Hijo, ¿quién puede explicar cuanto fuese, entonces, su dolor?

Jesús la miró y, no queriendo incrementar en ella el martirio llamándola con su tierno nombre de Madre, la llamó con el título de mujer, y a ella encomendó a Juan, el discípulo dilecto. Le encomendó que la amase, lo protegiese; y con esta encomienda se mostró grato, públicamente, a aquel único discípulo que no la había abandonado en aquel extremo. Volteando después Jesús, los ojos a Juan, sigue, “mira, guarda y da servicio a mi madre como si fuera tu madre”. Estas palabras de un Hijo moribundo y en un tiempo que era atormentado por tantos dolores, y de todas partes del cuerpo le escurrían caliente y fulminante sangre, públicamente escarnecido e insultado, blasfemado e injuriado, muestran lo que fue grande su amor por la divina madre y por le dilecto discípulo. En María, por lo que fuera digno Juan, era dolorosísima el cambio; pero para Juan fue grande e inmenso la adquisición. El en efecto, Juan, tomó cuidado de María, como el más grande tesoro, después de Dios.

RESPONSORIO

(cf. *Jn 19, 25*)

R/. Junto con el apóstol Juan, María de Cleofás y María Magdalena * estaba María junto a la cruz de su Hijo, Jesús.

V/. Todo observaba y, la afligida Madre, no podía socorrerlo en nada.

R/. Estaba María junto a la cruz de su Hijo, Jesús.

O bien:

Vivió con justicia y dijo la verdad

Ferdinando María Baccilieri nació el 14 de mayo de 1821 a Campodoso, parroquia de Reno Finalese, en el ducado de Módena. Sus padres, Domenico Baccilieri y Leonilde Del Bona, fue acomodados campesinos, de firmes principios cristianos con los que Ferdinando y sus cinco hermanas fueron criados.

Después de haber recibido una primera educación en la casa paternal, Ferdinando fue mandado por el padre a continuar los estudios primero cerca del colegio de los Barnabitas en Bolonia, luego cerca de aquel de los Jesuitas en Ferrara. En aquellos años le maduró en él la vocación sacerdotal y sucesivamente aquella religiosa y misionera, favorecida también por el contacto y ejemplo de los maestros jesuitas. Entro en la Compañía de Jesús, en el octubre de 1838, fue mandado a Roma en la casa de noviciado, que se situaba cerca de la iglesia de San Andrés en el Quirinale. Tuvo que interrumpir la experiencia de vida religiosa a motivo de su salud enfermiza que no le permitió de sustentar el rigor de la disciplina jesuítica; este, sin embargo, dejó una notable huella en su vida espiritual, que fue caracterizada siempre por severa regularidad.

De vuelta a Reno Finalese, Ferdinando retomó los estudios filosóficos y teológicos en los seminarios de Emilia, Módena y finalmente, de Ferrara, dónde fue ordenado sacerdote el 4 de marzo de 1844. Inició enseguida la actividad pastoral como colaborador del párroco de Reno Finalese; del 1844 al 1851 fue enseñante y director espiritual en el seminario de Finale Emilia y predicador de cuaresmales. Mientras tanto, favoreciendo el deseo del padre, consiguió la licenciatura en derecho civil y eclesiástico cerca de la universidad de Bolonia.

En el 1851 como temporal administrador espiritual fue mandado a Galeazza, pequeña parroquia de la diócesis boloñesa que, quedada sin párroco, atravesando un período de grave deterioro moral y religioso. Las familias de campesinos, jornaleros, pequeños artesanos de la zona generalmente vivían en condiciones de graves dificultades económicas.

Don Ferdinando se aprestó sin cansancio a una obra de saneamiento moral y religioso, de consejo y de ayuda a los más necesitados. Sus palabras persuasivas y francas, el ejemplo de su vida

sobria y laboriosa, todo orientado al bien moral y a material de los feligreses, conquistaron el ánimo, sí que ellos le preguntaron insistentemente al arzobispo de Bolonia, el Card. Carlo Opizzoni, la permanencia del Baccilieri en Galeazza. El cardenal adhirió a su deseo y el 22 de abril de 1852 nombró a don Ferdinando párroco de la Iglesia de S. María de Galeazza. Allí estuvo por 41 años, hasta la muerte, rechazando otros prestigiosos encargos, más adecuados a su cultura y a sus capacidades.

Al inicio de su servicio pastoral el Baccilieri dedicó la parroquia a la beata Virgen de los Dolores e instituyó la Cofradía de la Virgen de los Dolores. Esta devoción de Ferdinando a la Virgen de los Dolores se remonta a su infancia, cuando fue con su familia a vivir a Bolonia cerca de la basílica de S. María de los Siervos, dónde se practicaba un particular culto. A ella siempre le fue dirigida con inalterada confianza y confiándole los momentos importantes o difíciles de su vida. Al Orden de los Siervos quiso pertenecer como terciario e instituyó una cofradía del Tercera Orden en la parroquia. Tuvo frecuentes y fraternas relaciones con los frailes Siervos María, como certifican muchas cartas y documentos. Tuvo gran consideración su espiritualidad, en particular su piedad hacia la Madre del Dios; instituyó en la parroquia muchos piadosos ejercicios Marianos, propios de la Familia de los Siervos. Celebró de muchas maneras la beata Virgen y trató de inculcar la devoción en el ánimo de los fieles, exhortándolos a sacar de la contemplación de sus dolores ayuda y fuerza para soportar las fatigas y los sufrimientos de la vida. En la muerte del Baccilieri el arzobispo de Bolonia, card. Parocchi, no titubeó en afirmar que él hizo de la parroquia de Galeazza un concurrido santuario.

Convencido que los laicos son llamados a colaborar con los pastores en el crecimiento de la Iglesia y a su santificación, promovió su cooperación en la institución de varias asociaciones; ellas fueron el fermento de la vida moral y religiosa de la parroquia.

Para asegurar continuidad a su proyecto pastoral, Baccilieri fundó una Congregación de Monjas de Siervas de María, a las cuales dio una Regla inspirada a aquella de las monjas de las Siervas de María. La finalidad fue la enseñanza de la doctrina cristiana, la educación de las niñas pobres, la cuidado de los enfermos, la ayuda a los pobres. La Congregación, surgida por un pequeño grupo de terciarias, que se reunieron en vida común en el 1852, se desarrolló progresivamente; antes reconocida por el arzobispo de Bolonia después fue aprobada por la Sede Apostólica con el nombre de Congregación de las Religiosas Siervas de María de Galeazza y se ha difundido en muchos países.

Acabado el curso de su vida, después de haber cumplido con ánimo extraordinario los ordinarios deberes de pastor, Ferdinando María se durmió en el Dios la mañana del 13 de julio de 1893, mientras meditaba, como solía hacer al inicio de cada día, la Pasión del Dios.

La fama de santidad creció y se propagó de día en día, confirmada por favores celestes. El Santo Padre Juan Pablo II el 3 de octubre de 1999 lo inscribió en el registro de los Beatos. Se celebra La memoria del beato Ferdinando María el 1 julio, día en que su cadáver, en el 1999, fue trasladado en una amplia capilla de la Iglesia parroquial de Galeazza.

RESPONSORIO

cf. *1Co 9, 19. 23. 16.*

R/. Me he hecho siervo para todos para ganarme el mayor número * Yo todo lo hago por el evangelio.

V/. Hay de mí si no predicara el evangelio.

R/. Yo todo lo hago por el evangelio.

ORACIÓN

Oh Dios, que en el beato Fernando María nos has dado un sublime testimonio de vida evangélica, concédenos, según su ejemplo, seguir las huellas de Cristo y servir con amor a los hermanos. Por Jesucristo nuestro Señor.